

EL SENTIDO DE LA DOCENCIA

El ámbito educativo, como todos sabemos, siempre está sometido a crítica, a opinión, a alabanza extrema o a una descalificación obsesiva. A este inmenso mar de pareceres y percepciones hay que añadir un intruso que ha entrado con fuerza en las aulas: el mundo digital. Esta entrada ha proporcionado una buena herramienta, pero ha supuesto una distorsión, una idolatría, un sesgo algo nocivo. Y se nos ha presentado una última y vírica variable: la pandemia. Con este panorama, parece necesario que volvamos a centrarnos, que nos situemos y nos volvamos a plantear las preguntas que realmente nos ubican ante los alumnos.

¿Qué importa realmente cuando educamos-enseñamos? ¿Qué permanece como algo realmente útil en el alumno y la alumna? ¿El profesor juega un papel ya secundario? ¿Cómo acceden los alumnos a la verdad, a la belleza y a la bondad? ¿Cuáles son las claves de regenerar día a día nuestra satisfacción como docentes? ¿En qué consiste la magia de una buena sesión-clase? La respuesta a estas claves nos puede proporcionar el fundamento y el sentido de la tarea docente, el intangible que hace crecer a profesoras y profesores en todo el mundo, independientemente de los planes de estudio, de las leyes educativas y de la burocracia que conllevan.

¿Qué importa realmente cuando entramos en el aula?

Busquemos un verbo-síntesis. Creo que impregnar define bien el mayor logro que podemos obtener. Impregnar de conocimiento, pero también de su búsqueda; procurar buenas y abiertas respuestas, pero también generar la formulación de nuevas preguntas; fomentar el análisis, el matiz, el diálogo, la investigación. Pero también la escucha, la reflexión, la argumentación. Y no olvidemos: enseñamos-educamos. Por consiguiente, es necesaria una impregnación de valores éticos, una difusión de profundos valores humanistas, un situarse respecto a una responsabilidad social compartida. En definitiva, facilitar un clima que favorezca el desarrollo de las capacidades de cada alumno y de su dimensión ética.

¿Qué permanece de nuestra labor, cuál sería la huella positiva?

Siempre tendríamos que pensar en aquellos profesores que nos abrieron perspectiva, que preservaron y aumentaron nuestro asombro, que nos despejaron de maleza el tupido bosque del conocimiento. De aquellos que salvaguardaron y agitaron aquellas viejas cuestiones, las dudas y certezas con las que seguimos implicados como seres humanos, los relatos y las historias, el poder seductor de un teorema, el reto constante del aprendizaje. Recordamos de ellos la energía, el ánimo, la disposición. Es evidente que tenemos que lograr esas sensaciones y percepciones, esa huella que nos otorga un renovado interés por el saber. En definitiva, este es nuestro más valioso regalo al alumno: la sentida percepción de que siempre es posible saber más, de que podemos mejorar como ciudadanos, de que podemos aportar valor a la sociedad.

¿Jugamos ya un papel secundario?

En absoluto; más que nunca, las escuelas necesitan recuperar consistencia y mensajes. El profesor no puede limitarse a ser un mero gestor tecnológico, o un frío transmisor de instrucciones y contenidos. La información que manejamos con los alumnos – que puede ser insoportablemente caótica – ha de ser cuidada, seleccionada, argumentada y analizada. Elaborar criterio, adquirir capacidad expresiva, escuchar y escucharse, leer, seleccionar, profundizar. Entrar en cada clase para vivirla, para potenciar las aptitudes de cada alumno, para generar

posibles, para acoger y acompañar. Esa es la tarea que la tecnología no puede desvirtuar. Es el auténtico motor de una educación abierta, inclusiva y vital.

¿Cómo acceden nuestros alumnos y alumnas a la verdad, a la belleza y a la bondad?

El acceso al conocimiento se produce mediante diferentes canales y estrategias. Básicamente, consiste en facilitar el asombro y el estímulo, conversar y comprender. Estos tres componentes no son estancos y se entrelazan entre sí. El eje central es conversar, en el sentido más amplio del término. Conversar con el profesor, con el propio yo, con un buen libro, con una buena serie de cuestiones o ejercicios, con los compañeros, con el mundo. No podemos generar estímulo ni alcanzar grados elevados de comprensión si no conversamos. A su vez, comprender significará un estímulo y una conversación renovados. Más allá de las certezas que el alumno va adquiriendo, la llamada sensible de la belleza juega un papel importante, vinculado también a estímulos, conversaciones y comprensiones. El Arte, la Música y la Buena Literatura están ahí, llamando a la puerta, alimentando nuestras fuentes creativas y sensibles. Y la llamada a una libertad responsable, a la bondad, a un humanismo activo también requiere de estrategias adecuadas. Una buena formación debería ser holística, porque la educación es en buena parte responsable de un futuro mejor para todos. Nuestros alumnos y alumnas accederán a ella con el rol crucial del buen profesor. Pero dada la complejidad de ejercer bien este rol, resulta complicado regenerar energía e ilusión de forma constante. ¿Es posible conseguirlo?

¿Cómo podemos regenerar nuestra motivación docente?

Gestión académica, contacto con las familias, conflicto, trabajo en equipo,...la lista es extensa. Ser profesor es un reto y, aunque siempre haya sido así, el momento histórico y la sociedad actuales presentan características nuevas. Sin embargo, en líneas generales, va más allá de aspectos concretos, como administrar la tensión y saber recuperar espacios de reflexión y renovación. La regeneración permanente de nuestra ilusión depende, creo, de dos cuestiones de fondo. En primer lugar, de saber “leer” el aula, de conocer al alumno, de saber gestionar la red emocional del grupo. También es fundamental que recordemos que no nos podemos ceñir a impartir la materia, a calificar, al dinosaurio burocrático. Es preciso facilitar en el alumno su sentido de posibilidad, de crecimiento personal, y, paralelamente, diseñar, retocar y renovar estrategias de todo tipo, que faciliten el camino hacia un aula concebida como un equipo de aprendizaje. Los profesores que observan estas guías básicas suelen regenerar permanentemente el sentido de su profesión; suelen, por expresarlo de otro modo, disfrutar de la magia de cada sesión.

¿En qué consiste la “magia” de una buena clase?

Respuesta difícil, que tendría que contener muchos aspectos y matices. Pero podemos considerar algunos de ellos, quizás los que más influyen en esa magia. La atención a las miradas, la observación del grado en que se reciben estímulos y mensajes, una fluida comunicación, una preparación previa, unas gotas de pasión, la adecuación de los ritmos, la consideración de la diversidad de capacidades y actitudes de nuestros alumnos... Es decir, no es nada concreto, sino una combinación de múltiples factores que de forma simultánea tenemos en cuenta. Cuando esta mezcla se da, la clase se acerca a lo que debería ser la educación: una experiencia vivida y compartida.

Josep Manel Marrasé

